

Nº 664
12
Agosto
2022
Viernes



Levantar las alfombra

Emilio Álvarez Frías

Hace unos días, Juan Van-Halen, en su artículo «Camps, ingratitud y cobardía», en *El Debate* –que tuvimos el gusto de publicar–, se lanzó sin tapujos ni recato a levantar una parte de esta alfombra que oculta todos los disparates y desatinos que se han producido en España últimamente –aunque quizá podíamos decir que tienen su principio en la cacareada transición–, y que nosotros venimos tratando de desembaular de salones, despachos y otros tugurios extraños, en los que están tapados con alfombras o encerrados en cajas fuertes.

Durante no poco tiempo se ha pasado por alto. No eran pocos los que se metían en profundidad a hacer todo tipo de desmanes, pero nadie osaba sacarlos a relucir, fundamentalmente porque lo malo caería sobre ellos y no sobre los que habían hecho méritos para ser tenidos en cuenta por autoridades y tribunales de justicia. Estos perdían horas y horas dedicadas a encontrar la forma de meter en la trena a un ladronzuelo, a cerrar un establecimiento porque le faltaba una firma en un papel, a adormilarse mientras los letrados discutían los problemas de una moza dedicada al arte cinematográfico aunque realmente hacía horas extraordinarias en otros menesteres, y a otro sin fin de presuntos delitos que, con una justicia rápida, se podían solucionar en veinticuatro horas.

No sé cómo anda ahora la cosa, pero recuerdo los Juzgados de Paz que había antiguamente en los pueblos, servidos por jueces legos nombrados por la Sala de Gobierno del Tribunal Supremo, que solucionaban problemas sencillos y que se transparentaban de entre la gente del término municipal. (Como no soy del gremio e ignoro todo cuando tiene relación sobre el particular, quizá esto último que recuerdo de cuando era joven, que fue suprimido y quizá se sustituyó por algo que, desde luego, no es tan cierto). Y no digamos nada de la eficacia del Tribunal de las Aguas de la Vega de Valencia que cada jueves se reúne en la Puerta de los Apóstoles de la Catedral de Valencia desde el siglo XVI para dirimir los problemas de riego entre los labradores de la zona, de acuerdo con su ley especial, con la eficacia de que, una vez oídas las partes y dirimido el tema, sobre la marcha dictan sentencia que va a misa, que dirían los castizo en el sentido de que no hay quien lo mueva.

Como decíamos, en el citado artículo se empezaba a poner de manifiesto la necesidad que hay de hablar claro sobre todas las tropelías que se vienen

cometiendo en España desde hace tiempo, pero desmesuradamente a partir de hacerse cargo de las distintas administraciones la izquierda socialcomunista que capitanea Pedro Sánchez y es seguida a rajatabla por sus mesnadas de distintos colores, de diferentes pensamientos, y de distintas intenciones respecto a qué se ha de hacer de la España formada durante siglos y que ha sido capaz de llevar la cultura europea y la enseñanza de Jesús de Nazaret por el mundo entero. Empezando, naturalmente, por las decisiones que libremente toma Pedro Sánchez y que impone a toda la feligresía nacional mediante decreto ley o retorciendo el contenido de las disposiciones existentes.

En cuya tarea, como dice Van-Halen, y reflejan cada día los medios de comunicación, participa en estos momentos sin reparo ni melindre alguno Alberto Núñez Feijóo, como son los dos siguientes comentarios hechos públicamente estos días. En el primero insta al Gobierno a que baje los impuestos, como lo está haciendo Alemania, «para dejar de asfixiar a los españoles»; en el segundo acusa de irse de vacaciones en Falcon y helicóptero, a rascarse la barriga, mientras deja a los españoles con el «apagón energético». Tirándole a la cara que no ha dicho ni mu sobre el programa que le sometió en la reunión que mantuvieron, aunque aprovechando alguna de las propuestas para apropiársela.

Y, decimos nosotros, Pedro o el ministro correspondiente no ha asomado la cabeza para responder a Arnaldo Otegui quién, esté o no esté de vacaciones, aprovecha cualquier oportunidad para soltar alguna de sus coces, tal como «Simón Bolívar, vasco de origen, sigue presente en todas las luchas por la soberanía de los pueblos. Felipe VI se mantuvo sentado. Nuestros pueblos siguen en pie. ¡Hasta lograr nuestra independencia!». Ni Pedro ni sus vasallos han abierto el pico, ni han dado orden de detención.



Como no nos achantamos de nada hoy nos acompaña un raro botijo de barro vidriado, posiblemente de origen catalán, con la maléfica intención de que dé un trago de agua cristalina de Madrid el pérfido Otegui a ver qué tal le sienta.

* * *

Felipe VI, entre Pedro y Petro

Don Felipe, con austera firmeza, repudió discretamente el teatrillo bolivariano y defendió la dignidad de la Institución que tan ejemplarmente representa

José Alejandro Vara (*Vozpópuli*)

Fue la variante cortés del «Por qué no te callas» de su padre a Chávez. Como no tenía voz, el Rey se quedó sentado mientras Gustavo Petro culminaba su performance con la espada del «Libertador». Fuera de guion, ya está dicho. Fuera de protocolo. Un recurso improvisado. Alguno de sus predecesores en la presidencia optaron por no asistir al relevo colombiano dado su desprecio frontal hacia el investido. La Corona española, siempre presente en estos fastos iberoamericanos, allí estuvo. Felipe VI, como en otras

ocasiones don Juan Carlos, se ha tragado todo tipo de sapos y culebras en estas conmemoraciones trasatlánticas. En especial desde que el castro-chavismo se ha impuesto en tantas repúblicas de la región.

Don Felipe no se levantó de su asiento porque la espada en cuestión no es el símbolo de Colombia. Más bien, lo es del grupo terrorista del M-19 que robó el acero hace medio siglo del museo Bolívar de Bogotá, donde reposaba, y luego de un proceloso recorrido por selvas y ciudades, al estilo del cadáver de Evita, desembocó en las manos de Fidel Castro, oh casualidad, quien finalmente se la entregó al líder del «Eme» (así se conocía a la banda pistolera) y, este a su vez, la regresó al entonces presidente César Gaviria. Petro, un pijo-progre, hijo de la acomodada burguesía colombiana, que estudió ingeniería



en diversas universidades privadas y se desempeñó también como insurgente con ese grupo terrorista, quiso que la espada se erigiera en protagonista de su asunción. Iván Duque, el jefe del Estado saliente, no se prestó al numerito, vetó el traslado de la fatigada arma hasta el lugar de la ceremonia y abandonó la zona. La primera orden de Petro, ya con la banda tricolor en el pecho, fue convocar a la espada al escenario, en un gesto que se quería épico y derivó en esperpento.

Don Felipe, ajeno al entramado de este vodevil caribeño, se encontró en medio de una pelea de gallos con el murmullo del río Magdalena

como telón de fondo, un tironeo ostensible entre el saliente y el entrante, un cambio de guion sobrevenido, un espadón que no estaba invitado y una confusión más propia de un enfebrecido pasaje de la cándida Eréndida que de un acto de solemne severidad. Cuando el metal hizo finalmente su entrada en la plaza, a hombros de cuatro portadores con uniforme de opereta, el Rey optó por no salirse de lo señalado, es decir, por permanecer cortésmente en su incómoda silla sin sumarse al absurdo pulso entre Duque y Petro, sin corear los aplausos al genocida «Libertador» (no estaba en los papeles) y sin adherirse al guiño camuflado al sanguinario M-19. Es decir, repudió discretamente el teatrillo bolivariano y defendió la dignidad de la Institución que tan ejemplarmente representa.

Tal actitud apenas llamó la atención en los medios colombianos, ansiosos por disfrutar del cambio político que Petro les ha prometido. Un horizonte parecido a lo que se padece en Venezuela y Cuba, veremos si en Chile y pronto, de vuelta en Brasil. Otro alto dignatario no se levantó tampoco: Alberto Fernández, presidente de Argentina, que roncaba a pierna suelta durante el liturgia del espadín. El ruido, en verdad, lo han montado por aquí los traviesos chicos de Podemos, inspiradores del odio hacia lo español por aquel Hemisferio y airados agitadores de todo tipo de agresiones, insultos y ultrajes a cuanto la Monarquía representa. Los morados han sacado a pasear por sus pestíferas redes la guillotina, la mazmorra, el exilio, la violación y toda esa suerte de afrentas que, ocasionalmente, dedican a la Familia Real. Jamás leyeron a Bartolomé de las Casas. Ni siquiera a sor Juana Inés de la Cruz para comprender la aportación hispánica a aquel continente. Alguno, quizás, se extravió en Cortázar a quien tomó por un cuentista francés. Su bagaje de ignorancia es tan considerable como extenso. Quizás universal.

El problema no estriba en que estos seres desquiciados, tan inútiles como inservibles, se desfoguen practicando tales ejercicios de impotencia contra la Monarquía. La cuestión estriba en que estos tipos haraganean en el Gobierno, con la complacencia plena de Pedro Sánchez, quien los ha depositado ahí y les ha obsequiado cinco sillones para que pergeñen leyes delirantes y engrosen sus bolsillos con elefantiásicos presupuestos.

Sánchez descrea de la Corona. La considera un estorbo, le provoca una actitud de rechazo más psicológica que política. Su obsesión desborda los límites del patetismo y se sumerge en los de la neurosis. En su largo rosario de afrentas a la Institución ha agitado sin pausa la faz menos presentable de don Juan Carlos, ha arrinconado a Felipe VI, le ha jibarizado la agenda, retorcido discursos, vetado desplazamientos, eclipsado presencias, ha evitado defenderle de los ataques de sus socios, los golpistas catalanes y los amigos del terror y hasta ha sonreído ante episodios tan despreciables como vetar la presencia del Jefe del Estado y de la Heredera en una determinada región de España.

Hay días en los que, al levantarse, el Rey quizás dude si preferiría lidiar con el tenebroso Petro de allá antes que con el turbio Pedro de acá.

* * *

Felipe VI y la espada del masón

Ernesto Ladrón de Guevara López de Arbina (*El Correo de España*)

Estos días está circulando por los medios de circulación y estamentos políticos antimonárquicos la no tan anecdótica noticia de que nuestro Rey permaneciera sentado ante la exhibición provocadora de la espada de Simón Bolívar. Digo provocadora porque ese acto no era inocente, ni tan siquiera supuestamente patriótico desde el punto de mira de los colombianos, sino un intento de afrentar al representante de nuestra nación española, el Rey, como jefe del Estado español y representante del legado histórico y patrimonio cultural español, o más bien hispanista. Ese tipo de gestos son muy característicos de esa izquierda neomarxista de aquí y de más allá del Atlántico, y nada diplomática, pues la concurrencia de nuestro más alto

representante en aquel acto era incompatible con ese gesto falto de la más exquisita diplomacia.

Se nota y se ve que los diferentes ataques a nuestra dignidad como españoles, cuya máxima expresión es la constante colocación invertida de nuestra enseña nacional en actos de diversa naturaleza, con la impasibilidad de nuestro jefe del Gobierno y de su equipo de protocolo, ha creado escuela para aquellos que intentan menoscabar nuestra dignidad nacional.

Se me ocurre que a nadie se le ocurriría que fuera la reina Isabel de Inglaterra a Australia, por ejemplo, y se le sentara en una sala con su retrato al revés, o con una representación de los aborígenes australianos recordándole el genocidio cometido por el imperio inglés en la población autóctona. O lo mismo en Filipinas donde fuera Biden y le sacaran a colación el asesinato masivo de más de un millón de filipinos por el solo hecho de utilizar la lengua de Cervantes o por motivos raciales o religiosos. Es de suponer que esa embajada no se contentaría con quedarse sentada a pesar de que la causa de la afrenta es muy diferente a lo que se pretende respecto a España por una leyenda negra que estúpidamente aún es exhibida por personajes como Etxenike, el podemita descendiente de emigrados vascos que buscaban una forma de vivir en lo que era una extensión de su patria española.



vir en lo que era una extensión de su patria española.

No es un tema baladí lo que ha hecho el Rey con su gesto, ni un desprecio hacia Colombia, sino más bien lo contrario; con su actitud ha defendido la dignidad de los españoles y la verdad histórica de lo que fue nuestro

paso por América. Unos izquierdistas asociados a filoterroristas que se hacen con los poderes en España y América no pueden mancillar nuestra memoria.

Un hurra al Rey.

Enrique de Gandía, notable historiador nacido en Buenos Aires a comienzos del siglo xx, con una trayectoria más que notable en la historiografía americana, nos relata con meridiana claridad la obra de la masonería en Hispanoamérica y su clase criolla, es decir adinerados descendientes de españoles, ávidos de poder y de riquezas que no les proporcionaba según sus desmedidas aspiraciones el Imperio español cuya pretensión era cohesionar socialmente a la diversidad autóctona con los descendientes de los encomenderos hispanos. La infiltración de las ideas de Rousseau y de Voltaire en la mentalidad criolla hizo estragos en la idiosincrasia transmitida por el legado del Testamento de Isabel, la Católica. Y por eso caló con fuerza esa alianza de la masonería asociada con el interés de Francia, y, sobre todo de Inglaterra por derrumbar el poderío hispano y fraccionar los antiguos virreinos.

Quienes se sublevaron contra España no era la gente sencilla. Los descendientes de los amerindios, no, eran quienes se beneficiaron del poder económico regido por avaros traidores a la causa hispanoamericana, vendidos a los conspiradores anglosajones y norteamericanos que veía su oportunidad de fragmentar y parasitar esa unidad que garantizaba el Imperio generador de civilización católica. Se mezclaban dos intereses: liquidar el trasunto cultural católico y modificarlo, y formar pequeños países que se rindieran ante la depredación económica anglosajona y su piratería, con el propio interés norteamericano de aprovecharse de la fragmentación de pequeños países incapaces de financiar sus estados emancipados para así anexionarse a partes importantes de Méjico, de California, Arizona, etc. Se trataba de y subordinar al centro y el sur del continente al nuevo poder emergido. Los paganos de esta situación fueron los más débiles, es decir justo aquellos a los que ahora se invoca como perjudicados por España, aquellos que se sumaron a las fuerzas realistas contra los insubordinados. Los sedicentes Simón Bolívar y San Martín, que tenían claro que a España había que liquidarla fueron sus próceres sedicentes, muy parecido a lo que vivimos hoy por el indecente Puigdemont y demás caterva. En aquel caso había que dismantelar el Imperio por lo que significaba como depositario del catolicismo emanado desde Isabel, la gran Católica y humanista; y hoy en una segunda fase de la descomposición por lo que sucede en nuestra maltratada patria.

Es muy revelador lo que revela Gandía en su libro, del que extraigo esta breve muestra. También recomiendo la obra de Salvador de Madariaga, *El ocaso del Imperio*, no solamente por lo que significó Madariaga sino por la lucidez de su interpretación.

El licenciado Ovalles recuerda que, en Madrid, el diputado mexicano a las Cortes, don Francisco Fagoaga, presentó un proyecto que, en muchos puntos, coincidía con el de Zea. Parecía un regreso a los tiempos de Carlos III en que también se soñó con una Confederación de reinos hispanoamericanos. Las naciones de Europa miraban América con ojos rapaces. Era un bien que pa-



recía de nadie y que todos querían arrebatarle alguna parte. En 1806 y 1807, Gran Bretaña había intentado apoderarse de Buenos Aires y Montevideo y extender su invasión al resto de América. Así compensaba la pérdida de la América del Norte. Su derrota en el Río de la Plata impidió un gran cambio en la historia del mundo moderno. La documentación monumental dada a conocer por el licenciado Ovalles revela proyectos de depredación imaginados por aventureros internacionales. Ofrecían sus planes delirantes a Francia, a Gran

Bretaña y a la misma España. Por su parte, Bolívar enviaba al general D'Evreaux a reclutar personal militar a Irlanda. El representante del gobierno de Colombia, Luis López Méndez, otorgaba plenos poderes al general Maceroni para que Europa organizase una expedición con un mínimo de quinientos hombres de infantería y otros doscientos para un ejército de diez mil hombres. El general francés Maceroni, nacido en Nápoles, deseaba volver a Italia

y dejar la Nueva Granada porque consideraba que la causa de la libertad estaba más amenazada en Europa que en América. Todos estos pormenores, que dibujan una fisonomía histórica y política y nos revela el licenciado Ovalles, han sido, hasta hoy, totalmente ignorada en Europa. Un señor Cohén, judío, pariente de los Rothshil, revendía pertrechos de los almacenes ingleses a los americanos. Había que formar una escuadra para hacer frente a las últimas naves de guerra españoles. Un teniente coronel alemán, disgustado por no recibir una comisión, traicionó a Colombia y ofreció al duque de Frías, por cuarenta libras, documentos confidenciales que debía llevar a Angostura. En España, como nos relata Ovalles, se pensaba contratar a corsarios para que hiciesen a los americanos la guerra de corso. Lo mismo, por su parte, hacían los americanos desde el Norte hasta Buenos Aires. Son varios los autores que se han ocupado de estos temas aún no suficientemente estudiados. En medio de estas intrigas, un aventurero Mokal terminó suicidándose. Francia pretendía apoderarse de Santo Domingo. La política francesa en América, según un documento, «tenía un carácter miserablemente artero». Francia creía que con cincuenta millones de francos España reconocería la independencia de Venezuela. Los españoles, con su honor, habrían sucumbido todos antes que venderse. Los aventureros Granier y Maceroni, desengañados de hacer fortuna en España, se dirigían a Nápoles «como campeones de la libertad». Intrigantes, traidores, espías, mercaderes de armas y de hombres, políticos fracasados, idealistas sinceros, delirantes, ladrones, falsificadores y canallas abundaban en todas partes. Ovalles nos trae este escenario de luchas y de sueños como no hubo otro en la historia humana. Hasta que el duque de Frías fue trasladado y no se habló del gran plan de Francisco Antonio Zea.... (Gandía Enrique, *La independencia de América y las sociedades secretas*. Ediciones Sudamérica Santa Fé: 1994).

Agradezco como español a Felipe VI su gesto de dignidad. Y me avergüenzo de esta molición de políticos de tres al cuarto y de una clase periodística rebajada en su autoestima como profesionales de la información.

* * *

Pánico en la casta sanchista

Estos tipos, ahora asustados, esperan que el juguete izquierda-derecha disimule los desastres del mal gobierno, y les salve de nuevo

Jesús Cuadrado (*Vozpópuli*)

Sostiene Tezanos que los que desmovilizan a los votantes socialistas son los poderes fácticos. ¡Qué malos! ¿Se refiere a quienes financian las empresas mediáticas, empezando por *Prisa* (*La SER, El País*), que han estado sosteniendo al sanchismo contra viento y marea? El desvarío del curandero demoscópico del PSOE es reflejo del pánico que ha invadido al bloque de gobierno. En un artículo de la revista socialista *Temas* se sorprende al descubrir que la gente ni les ama, ni les teme, ni les respeta.



El mismo desconcierto que demuestran con el decreto para el ahorro energético, una síntesis de todos los despropósitos habituales del gobierno de Pedro Sánchez. Puesto en circulación un conjunto de normas que se demuestran absurdas ya antes de aplicarse, se niegan a modificar nada para no parecer ineptos y débiles. Aún más patético, obligan a hacer el ridículo a su ejército de propagandistas en todos los platós. Muestras de desesperación, como la obsesión enfermiza por atacar a la presidenta de la Comunidad de Madrid, Isabel Díaz Ayuso. ¡Pánico!

En el fin de aventura que olfatean, se despedazan entre ellos a la vista de todos. En ese contexto se explican las dentelladas entre Yolanda Díaz y Pablo Iglesias, ambos educados en la academia de guerra de las Juventudes Comunistas, y los tortazos diarios entre ministros. O la violencia del conflicto mediático entre los sanchistas Ferreras y Roures, con Villarejo de por medio. Y todos amenazan al PSOE, al que recuerdan de quiénes depende para resistir en Moncloa. Pero, no engañarse; todo es por dinero. El estado de pánico tiene su origen en el riesgo cierto de perder los privilegios de casta que se han fabricado.

Se suele analizar la no renovación del Poder Judicial y del Tribunal Constitucional como un asunto doctrinal sobre Estado de derecho, pero invito a otro enfoque de la cuestión. Los jueces y fiscales favorecidos por PSOE y UP para formar parte de estas instituciones representan menos del 10% del total de ambos colectivos. Es decir, se trata de una ínfima minoría que utiliza el poder



político para convertirse en mayoría. ¿Son una casta? Ellos dicen que no. Se trataría, según su retórica, de una forma de compensar el predominio conservador de jueces y fiscales. ¡Qué desvergüenza!

No son los únicos en la utilización de los recursos del Estado para beneficio privado, como demuestra la composición de todos los Consejos de Administración de las empresas controladas por el Gobierno. ¿De dónde, tanta avaricia?

La filósofa Hanna Arendt explicaba estas corruptelas con su claridad habitual: «Tienen familias a las que alimentar». Se necesitan toneladas de cháchara izquierdista para tapar tanta miseria. El honorable expresidente del Congreso de los Diputados Gregorio Peces-Barba ya advertía sobre las trampas de quienes se comportaban como fundamentalistas para imponer su moral privada en el ámbito público. No es por ideología, es por dinero.

Como muestra: ¿es de izquierdas comprometerse activamente con las peores prácticas del fascismo lingüístico? No hay narrativa progre que pueda justificar este atropello a los derechos de castellanoparlantes ampliamente mayoritarios en sus comunidades, incluida esa solemne tontería del «catalanismo

socialdemócrata» de Iceta y compañía. Los hechos son contundentes. Las brigadas de sociolingüistas del secesionismo vasco, por ejemplo, se indignan al detectar que entre el 65% y el 85% de los alumnos, según los niveles educativos, hablan castellano en los patios de los centros a pesar de la vigilancia policial. Respuesta: buscar fórmulas impositivas para modificar pautas. En eso están.

Se trata de cambiar los hábitos de los alumnos fuera del aula, allí donde no les pueden controlar –chateos incluidos–. Fracasarán, pero harán mucho daño, como demuestran los sociólogos Mariano Fernández-Enguita y Julio Carabaña en sus estudios. La trampa consiste en camuflarlo todo en supuestos conflictos izquierda-derecha, donde el independentismo se colorea como antifranquismo. Pero esas falsificaciones tienen las patas cortas.

Basta preguntarse por qué los independentistas vascos, PNV y EH Bildu, le denominan Proyecto Arrue a los informes plurianuales sobre resultados de la eucaldunización forzada, como el último de 2011-2017. Antonio Arrue fue un carlista enemigo a muerte de la República y, finalmente, un franquista hasta la médula. Destacado procurador de las Cortes de Franco, los nacionalistas

vascos lo ocultan. Incluso, con esos antecedentes, llegan a afirmar que no era «realmente» un franquista. ¡Son independentistas, no antifranquistas!



El PSOE sanchista, y no hay otro, sirve para homologar como progresistas todas estas mercancías averiadas. Hace unos días la ministra portavoz, Isabel Rodríguez,

en unas declaraciones a un periodista amigo, soltaba esta perla: «El interés de quienes velan por la rentabilidad para sus negocios no es el interés del Gobierno». Que el hecho de que las empresas españolas sean rentables le parezca a la portavoz un asunto ajeno al Ejecutivo retrata a este grupo. Anticapitalismo como bandera, de eso va ahora el Partido Socialista, que circula sin un proyecto autónomo.

El sanchista Sánchez-Cuena y el podemita Monedero, en una conversación en *Público*, propiedad del proindependentista Roures, desarrollaban esta idea. Según sus tesis compartidas, el capitalismo habría multiplicado el número de pobres, y provocado más crímenes que el comunismo. Asombroso, pero lo que importa es que muchos electores a los que repugnan estas ideas, pero quieren seguir identificándose con de izquierdas, puedan librarse de la trampa. En este sentido, ni Ciudadanos comprendió su éxito en Cataluña

como refugio para quienes, siendo antisecesionistas, no quieren votar derechas.

Tezanos, al que como a los niños se le entiende todo, explica las claves de la estrategia electoral en el artículo citado. Argumenta que el PSOE debería ganar siempre porque las bases sociológicas de la izquierda superan en casi un tercio a las de la derecha en España, según «sus datos». Si no vence en las elecciones, ya está dicho, sería por los poderes fácticos que emplean sus medios para desanimar a esos electores. Sí, es una tontería, pero estos tipos, ahora asustados, esperan que el juguete izquierda-derecha disimule los desastres del mal gobierno, y les salve de nuevo.

* * *

El incierto futuro de la Unión Europea

La OTAN, y no la UE, parece en estos momentos la institución que liderará la unión de Europa, bajo el mando de los EE.UU. y Reino Unido

Juan Díez Nicolás (*El Debate*)

Académico de número en la Real de Ciencias Morales y Políticas

La unión, voluntaria o forzosa, entre Francia y Alemania ha sido el origen de muchos intentos por unir Europa. Estos dos países, junto con Italia y los tres del Benelux, promovieron, en 1951, la creación de la CECA y en 1956 el Tratado de Roma. El Reino Unido rechazó la invitación para unirse y en 1960 creó una organización económica paralela y competidora, la EFTA, con siete países, pero en 1972, fracasado su intento de perjudicar a la Comunidad Europea, la abandonó y se unió al tratado.

En 1992 se firmó el Tratado de Maastricht, que es el intento más serio para unir a los países de Europa de forma pacífica, mediante la creación de la Unión Europea. El Reino Unido fue uno de los doce firmantes, aunque no está claro si para boicotearla o controlarla, pues finalmente la abandonó en 2016 (Brexit). El Tratado de Maastricht preocupó al mundo anglosajón. Por la crea-



ción del euro como moneda única en 2000, compitiendo con el dólar y con la libra británica. Porque el acuerdo franco-alemán fue positivo, por su éxito económico durante las siguientes décadas. Cuando se firmó el tratado, los países miembros eran 12, y 15 en 1995, cuando la UE prácticamente abarcaba toda la Europa «occidental» (excepto Noruega, Suiza, Islandia y Liechtenstein).

Y porque preocupaba que esa UE pudiera establecer relaciones con los países del este, y especialmente con Rusia, una vez desmembrada la URSS en 1991, empobrecida y debilitada por Yeltsin, y habiendo aceptado la economía libre de mercado y la democracia parlamentaria.

El principal error de la UE fue no desarrollar su propio sistema de seguridad colectiva, creyendo que no había peligro de volver a guerras en Europa. Además, tanto los EE.UU. como el Reino Unido, primer y tercer países más importantes en la OTAN (Turquía era el segundo), argumentaron que bastaba con la OTAN. Eso implicó que la UE dejó su seguridad y defensa en manos de terceros países, y con el Brexit esta cuestión es aún más importante. En 1995 la UE tenía 15 miembros y la OTAN 16, todos países europeos «occidentales». La UE se había convertido en una potencia económica, pero carecía de su propia capacidad de defensa. Por el contrario, la OTAN había incrementado su potencia militar, bajo el mando de EE.UU. y la cooperación de los demás. En 1999 Yeltsin terminó su presidencia de Rusia, y la OTAN admitió a tres países procedentes de la antigua zona de dominación soviética, comunista, y en 2004 ingresaron otros siete más, todos también admitidos como países miembros de la UE. Puede que estos países excomunistas fueran atraídos por la bonanza económica de los países de la UE, y que su ingreso en la OTAN fuese un mérito para lograrlo. Lo cierto es que entraron en masa en ambas organizaciones en 2004, y para entrar en la UE se les rebajaron los exigentes criterios que tuvieron que cumplir los países admitidos hasta 1995.

Varias guerras han tenido consecuencias negativas para la UE, aunque su participación haya sido siempre escasa, ayudando en misiones internacionales de la ONU o de la OTAN, bajo la dirección de los EE.UU. Así, la I Guerra del Golfo (1990-91), y la II (2003-11), ambas iniciadas por los EE.UU. invadiendo Irak, provocaron incrementos en los precios del petróleo para una Europa totalmente dependiente en materia energética. Mucha más importancia ha te-



nido para la Unión Europea la guerra de los Balcanes, en la que intervino activamente la OTAN bajo mando norteamericano (1991-2006), y que concluyó con la división de Yugoslavia (que no había sido aliado de la Unión Soviética, aunque sí comunista) en

siete países, la mayoría de los cuales ya son miembros de la OTAN, y algunos también de la UE. La incapacidad militar y política de la UE para dirigir una guerra en el corazón de Europa demostró su dependencia en seguridad y defensa. Los países europeos participaron secundariamente en la guerra y ocupación de Afganistán por los EE.UU. durante casi veinte años (2002-21). La guerra civil en Siria, iniciada en 2011 y aún no finalizada, en la que ha habido muchos contendientes con intereses diferentes y cambiantes, enfrentó a EE.UU. con Rusia, pero quien ha pagado la factura de acoger a millones de refugiados ha sido la UE. Algo similar en la actual guerra de Ucrania, pues los millones de refugiados acuden a la UE. No es extraño que algunos analistas se refieran a estas guerras como guerras contra Europa.

No debe olvidarse la crisis financiera de 2008, iniciada por bancos norteamericanos que rápidamente contaminó a la UE y casi logra la salida de Grecia y otros países con economías débiles. Cuando estaban recientes sus consecuencias, estalló la pandemia de COVID-19 en 2019, que, siendo mundial, afectó en mayor medida a la arquitectura de la UE, desde la reaparición de fronteras, aranceles, restricciones al comercio interior y a los movimientos de personas, reducción de la capacidad productiva, a su economía, hasta el punto de que al escribir estas líneas el euro cotiza por debajo del dólar. En esta ocasión se ha puesto de manifiesto la unión entre Francia y Alemania, decisiva para ayudar a los países con economías más débiles, convenciendo a países reticentes a esas ayudas. Pero Italia y España son los eslabones más débiles actualmente en la UE, y sus problemas son los que más pueden debilitarla.

Finalmente, la guerra de Ucrania, invadida por Rusia, que argumenta sentirse amenazada por el crecimiento de la OTAN (dos países neutrales, Finlandia y Suecia, están en proceso para ingresar en la OTAN). Ciertamente otros han utilizado ese argumento para invasiones «defensivas» en otros lugares del mundo. Pero, con independencia de que al disolverse la URSS en 1989-91 se hubiese acordado que la OTAN no se extendería al este, cuestión que los países occidentales niegan, la guerra está ahí, quien sufre los muertos y la destrucción es Ucrania, y los países que saldrán más perjudicados y debilitados son la UE y Rusia. Por supuesto la posible cooperación económica o política entre la UE y Rusia queda rota para décadas. Pero muchos analistas opinan que este es el primer enfrentamiento entre EE.UU. y China a través de terceros. EE.UU., a través de la OTAN, apoya económica y militarmente a Ucrania, mientras China sigue guardando silencio. La OTAN, y no la UE, parece en estos momentos la institución que liderará la unión de Europa, bajo el mando de los EE.UU. y Reino Unido. OTAN sube, UE baja.

* * *

Los castrados de Belarra

Nace una nueva élite de un partido racista y elitista, el más elitista de todos, el defensor de los privilegios y de los poderosos

Armando Zerolo (*El Debate*)

Los zoos serán guetos y las calles pasarelas, los chuchos perseguidos y la raza será la nueva moda. A Belarra le ha dado por proteger la dignidad animal. Lo conseguirá castrando gatos y perros, pero yo no voy a poner los míos a remojar.

No sé quién le dijo una vez a mi mujer que castrar a un perro hace que se porte mejor, pero desde entonces, cada vez que ladra, se come algo que no debe, corre más de la cuenta, o se pone nervioso, dice: «¿Ves como hay que castrarlo?». Algún tipo de solidaridad entre el animal y yo se debe despertar con esa pregunta, porque nos miramos a los ojos, y parece que nos decimos: «¿A que no?». Será porque sospechamos



que después siempre viene una Belarra con el bisturí dispuesta a castrar al maltratador que todos llevamos dentro.

Si la castración funciona con el perro, ¿por qué no probar contigo? Por eso creo que me juego tanto protegiendo los testículos de mi perro.

Maltrato cero, sacrificio cero, abandono cero. A eso aspira la nueva ley. ¿Por qué no?

Hay que perseguir a los maltratadores en potencia, no a los de facto. Todos somos posibles maltratadores y mejor prevenir que curar. Los que llevamos toda la vida con perro, los que cazan, los que aparean a su perra para vender unos cachorrillos a los conocidos, los que tienen un corral somos maltratadores. Todos reeducables, todos castrables. Todos vamos a pasar por un cursillo para concienciarnos y para recuperar la dignidad animal.

Para criar perros habrá que sacarse un permiso, o sea, otra licencia, otro registro, otro certificado, otra lista y otro chiringuito. El cachorrillo nacerá atado con longanizas y lo que antes costaba doscientos euros, ahora saldrá por quinientos, como todo, porque detrás de cada idea que pretende proteger un bosque o un animal, arden catorce mil hectáreas y mueren cien negocios.

Los animales abandonados, exóticos y fuera de registro acabarán en los zoos, y a los zoos ya no irá nadie porque serán grandes almacenes de animales desclasados. Otro negocio menos, otro gasto más, y otra victoria para el bando



de las batallas absurdas. Y a los animalillos, que les zurzan, que lo importante era su dignidad y no su calidad de vida. Los cuidadores de los zoos eran también maltratadores, los directores sucios capitalistas, y los niños de visita morbosos burgueses.

Licencias para criadores, y multas para los demás. Su proyecto para los perros es la viva imagen de su idea para la sociedad. Los abandonados, los descatalogados y los despreciados, encerrados en un gueto. Un zoo para los animales, la oficina de empleo para las personas. Y por las calles, sobre alfombra de terciopelo, los caniches a mil doscientos euros, con su permiso de criador, su licencia, y su registro colgando de un collar de plata.

Nace una nueva élite de un partido racista y elitista, el más elitista de todos, el defensor de los privilegios y de los poderosos. El que defiende la espada de Bolívar que castró a los «maltratadores» blancos para crear una nueva élite parásita, el que defiende la navaja de Putin porque mutila a los soldados ucranianos que defienden el régimen nazi de la OTAN.

Así las cosas, yo prefiero un pueblo chucho, un pueblo mestizo, sin leyes de pureza, sin una élite que me diga cuál es la raza nacional y la dignidad oficial. Quiero una ley que no lleve el bisturí castrador en los anexos.

* * *

Rincón del fraude y otros barullos

Transparencia le pone el ojo a los asesores de Sánchez: quiere saber cuántos son, qué hacen y cuánto cobran

Los datos ya fueron solicitados al ministro Félix Bolaños hace casi un año y no fueron entregados. Deben entregar la información en 10 días

José Antonio González Gómez (PD)

Basta de cuentos.

El Consejo de Transparencia ha instado al Ministerio de la Presidencia a especificar cuántos asesores tiene el Ejecutivo del presidente de Gobierno, Pedro Sánchez. El organismo también indica que deben especificar qué tareas cumplen cada uno de ellos, cuánto cobran y cuáles son sus acreditaciones académicas.

El ente ha otorgado un plazo de 10 días a Félix Bolaños para entregar los datos que ya le fueron solicitados al ministro hace casi un año y que no han recibido,



pese a que el Gobierno le encanta hablar de moralidad y esgrimir su postura anticorrupción, aunque no han tenido reparo en salir a la defensa de los condenados por el caso de los ERE, Griñán y Chaves, y se muestran opacos con este y otros temas.

Hace casi un año que esta información fue solicitada a Moncloa que no contestó de ninguna forma a la petición

de información. Ante esta actitud, el órgano que preside José Luis Rodríguez Álvarez presentó una queja ante el Consejo de Transparencia que ahora ha sido estimada.

El ente recrimina a Bolaños su silencio, ya que ni siquiera presentó alegaciones ni motivos para no ofrecer la información. Esto «dificulta considerablemente» la tarea del Consejo de Transparencia para «pronunciarse sobre la procedencia o no de conceder el acceso a la información solicitada».

Ahora bien, esta falta de respuesta a la solicitud de acceso y al requerimiento de alegaciones de este Consejo no puede dejar sin eficacia el ejercicio de un derecho de rango constitucional, como es el derecho de acceso a la información pública, remarca la resolución.»

Transparencia señala que «es preciso tener en cuenta que se trata de un derecho que goza de un amplio reconocimiento en nuestro ordenamiento y que, consiguientemente, cualquier restricción de su eficacia debe partir de una interpretación estricta de los límites y justificar de manera expresa y proporcionada su aplicación».

El órgano resalta que los datos sobre los asesores del Gabinete de Gobierno son «información pública» y que, debido a que el Ejecutivo no ha justificado ningún motivo ni recurrido a alguno de los límites previstos en la ley para no entregarlos, ni señalar la concurrencia de alguna causa de inadmisión, debe remitir la información requerida por el solicitante.

Por lo tanto, la cartera de Bolaños deberá hacer público el número total de puestos de trabajo eventuales adscritos a la Presidencia del Gobierno, el número de asesores y vocales asesores adscritos al Gabinete del presidente.

Además, deberá detallar las funciones o tareas encomendadas a cada uno de los contratados, la titulación académica y experiencia profesional acreditada por los mismos, así como las «retribuciones íntegras» que percibieron en 2020.

* * *